

UNA EPOCA CLAVE DEL CERCAÑO ORIENTE, ANTES Y DESPUES DE GAMAL ABDEL NASSER

Cuando Gamal Abdel Nasser, jefe del Estado de las varias veces milenaria nación de Egipto, y presidente de la moderna República Arabe Unida a la cual él había dado este nombre, falleció en El Cairo el 28 de septiembre, su muerte causó una conmoción general, dentro y fuera de su país. No sólo entre las demás naciones que se sienten árabes, sino en la mayor parte de los otros países del mundo, se notó que había desaparecido una de las figuras más vitales y destacadas de la política internacional actual. Para los países y los pueblos del conocido como «Mundo árabe», las inmediatas sensaciones de desconsuelo en el sentimiento y vacío en el contenido, hicieron que unos y otros se sintiesen y proclamasen «como huérfanos»; puesto que Abdel Nasser era el único que, por su personalidad y prestigio podía hacer (y venía haciendo) un papel de moderador o de equilibrador. Para los demás países del mundo (tanto los simpatizantes como los indiferentes, y algún que otro hostil) hubo la evidencia inmediata de que había desaparecido del escenario internacional una figura política clave. Para todos predominó la convicción de haber constituido una pérdida trágica la desaparición de un hombre que gastó y terminó su vida, agotado por los esfuerzos que realizó al servicio de la paz.

Entre los efectos momentáneos de la que fue actualidad de un mes y unas circunstancias mundiales, y los resultados inmediatos de lo que pudo deducirse al enfocar la muerte de Abdel Nasser sobre la evolución del Cercano Oriente, comenzaron por difundirse y subrayarse los aspectos más sensacionalistas de lo actual; es decir, los periodísticos. Pero después han ganado terreno y han comenzado a proyectarse sobre el inmediato futuro, los otros aspectos que se apoyan en valores permanentes. Es decir aquellos por los cuales la vida y la obra del definidor y forjador de la RAU, han sido, ante

todo, una etapa original y completa en la historia contemporánea del Oriente árabe y sus demás vinculaciones.

Considerándolo así; y analizando a Gamal Abdel Nasser en relación a su doble papel dentro del espacio y del tiempo en los cuales actuó y gobernó, se comprueba que unas veces pudo imponer sus ideales o sus programas, y otras veces hubo de dejarse arrastrar por acontecimientos y errores que se imponían desde fuera o nacían desde dentro. Pero a lo largo de sus dieciocho años de su régimen siempre tuvo la habilidad de «prever y medir las reacciones de cada iniciativa y cada acontecimiento» (como dijo uno de los comentaristas más desapasionados). Así Nasser tuvo muchos altibajos durante los referidos dieciocho años; pero los sorteó anticipándose a las consecuencias con un realismo objetivo y frío.

En cuanto al referido necesario predominio de los valores permanentes históricos y socio-políticos, en el caso de Abdel Nasser el estudio habrá de constituir su origen de auténtico, puro y genuino egipcio racial; originario de la región del Said o «alto Egipto» donde florecieron los imperios faraónicos, y en cuyos habitantes predominan aún el tipo físico y otros rasgos de aquel Egipto que quiso y pudo llamarse «eterno». Ante todo la familia de Abdel Nasser procedía de generaciones de «fel-lahín» o labradores de Assiut, no lejos de Tebas. Luego físicamente él llamaba la atención de sus visitantes extranjeros por su rostro «aceitunado y curtido» con una fuerza de «piedra antigua» y unos ojos a veces entornados, pero «con un brillo tremendo», como en las milenarias estatuas arcaicas.

El «rais», impulsor principal de la revolución nacional y militar egipcio de 1952, era un «hijo del Nilo», como allí se llama a los autóctonos. También lo había sido en el siglo XIX aquel coronel Orabi que quiso imponer un gobierno nacionalista antes de la intervención inglesa; y en 1918 aquel jurista Saad Zaglul que comenzó a hacer retroceder a los mismos ingleses. No hay que olvidar al teólogo musulmán Chej Mohamed Abdú; ni al gran escritor ciego y académico doctor Taha Hussein. Todos ellos hijos del pueblo egipcio genuino; sin antecedentes arábigos, norteafricanos, balcánicos, ni turco-otomanos.

El movimiento del Wafd que fundó Saad Zaglul, exaltó el orgullo nacional y casi racial del pueblo antiquísimo de la «tierra negra» de las Pirámides, pero no pudo volver a una libertad nacional, que sólo le dieron en 1952 los «oficiales libres», primero acaudillados por Gamal Abdel Nasser. El

fue quien lanzó a los hijos del Nilo aquel grito: «¡Levanta tu cabeza, oh hermano mío, porque la época de la humillación ya se ha pasado!».

El conocido periodista francés Eric Rouleau (constante conocedor práctico de la vida del Cercano Oriente) escribió sobre Nasser lo siguiente: «El ejercía una verdadera fascinación sobre las multitudes. Su voz a la vez potente y cálida, y el lenguaje coloquial y familiar que usaba frecuentemente, mezclado con unas frases literales sonoramente ligadas, producían un impacto directo sobre el pueblo». Las masas de los egipcios reconocían en él una especie de arquetipo ideal de todos ellos mismos; y además le agradecían el haberles devuelto su orgullo de pueblo que en otros tiempos fue humillado. Rouleau agregó que, por otra parte muchos egipcios apreciaban la austeridad de la vida privada de su presidente; lo cual cuenta siempre mucho en país de Islam.

En cambio respecto a los efectos de la obra realizada por la «revolución desde arriba» efectuada entre 1952 y 1970, la unanimidad fue pocas veces completa; pues siempre se señalaron los pros y los contras de una evolución muchas veces sacudida, desigual, y que en algunas ocasiones parecía hasta contradictoria. Pero los defectos, lo mismo que los errores, quedaron casi siempre salvados por lo sincero de la voluntad de mejora y adelanto constante. El líder del renacer egipcio se lamentó en la primavera de 1969, de que la revolución no hubiese podido realizar más que parte de sus ideales, por culpa de diversas interferencias inesperadas (como las agresiones de 1956 y 1957 y las derivaciones de otras situaciones arábigas o africanas, etc.). Pero siempre se había buscado el predominio de las fórmulas hondamente constructivas, como la de aquella consigna que decía: «El desarrollo para todo el país, la electricidad para todas las aldeas, y el trabajo para todos los hombres».

Fue un programa planteado e impulsado al servicio de la revolución, pero no quiso decir que el creador y jefe de aquel sistema pudiese ser calificado estrictamente de «revolucionario» (al menos en un sentido de ideología absoluta).

Abdel Nasser comenzó por ser un militar con arraigado patriotismo, que nunca pensó destruir las bases del Estado egipcio, sino sólo cambiar su cabecera y sus estructuras. En el libro «Filosofía de la Revolución» (que Nasser publicó poco tiempo después de haberse puesto en marcha la actuación que iniciaron los «oficiales libres») él escribía lo siguiente: «Si yo aspirase

a resolver todos los problemas de nuestro país, sería un soñador. Por otra parte no tenemos los medios ni las experiencias para realizarlo».

En aquella palabra «experiencias» estuvo la clave principal del hombre y del político. Nasser pensaba y hablaba con un constante empeño de comprensión práctica, y con una voluntad pragmática de ir ajustando las reformas a las posibilidades (aunque al mismo tiempo hiciese todo lo posible por forzar y acelerar dichas posibilidades). Así al oír sus discursos oficiales, pronunciados serenamente con una voz a la vez cordial y contenida, no se notaban ecos de demagogia; pues en vez de hablar directamente a sus auditores semejaba un conferenciante dirigiéndose a un auditorio invisible. Hasta el punto de que algún observador extranjero sugirió que parecía como si también se dirigiese a los egipcios que hace tiempo murieron y a los que aún no han nacido.

Tanto la contención en la forma de una palabra abundante en el contenido, como la absoluta dedicación a una labor de tanto desgaste que le llevó a la muerte, estuvieron siempre bajo la presión de la necesidad de llevar a cabo varias revoluciones a la vez. Fueron la estatal, la de las normas políticas, la de la transformación social; la de la generalización educativa; la de la máxima utilización del suelo, con la base en los regadíos de la Alta Presa, el «nuevo Valle»; etc. Luego otras revoluciones proyectadas fuera de fronteras; como la de intentar crear un eje de cooperación, entre los pueblos de lengua árabe, y el propósito de ser ejemplo o acicate para otras emancipaciones del denominado o apodado «tercer mundo»...

Dentro de Egipto (sobre todo después del otoño de 1961) el principal instrumento centralizador de toda la triple labor revolucionaria, político-administrativa y económico-social es la Unión Socialista Árabe. Fue establecida en diciembre de 1962 y nuevamente reformada en marzo de 1968. La Unión Socialista viene a ser una especie de «partido único» (que en cierto modo determina la composición de la Asamblea Nacional o parlamento y del cual dependen otros sectores como el sindical). La Unión Socialista Árabe tiene un escalonamiento de secciones en poblados y barrios, distritos, provincias, etcétera, hasta llegar a la cúspide del Comité Ejecutivo Supremo. Este lo dirige el presidente de toda la Unión Socialista (al mismo tiempo jefe del Estado) ayudado por diez miembros (casi todos gobernantes). Los once componen una especie de «presidium» que concentra de hecho la mayor parte de los poderes nacionales.

Hay desde luego algunas semejanzas con formas soviéticas, pero también una completa diferencia en las ideologías, los programas y los instrumentos humanos. Abdel Nasser explicó en diversas ocasiones que él no era comunista, porque reconocía la religión; no admitía que hubiese clases en lucha; y no creía en las destrucciones por la fuerza, sino por evolución. Su socialismo pretendía establecer la igualdad de posibilidades por medio de estímulos en las oportunidades de trabajo de cada cual; siempre con un contenido político nacionalista en sus dos escalones, egipcio y pan-árabe). Y añadía: «Preferir a la Unión Soviética, es porque se puede tener un amigo, y estimarle, sin necesidad de pensar como él.

Las peculiaridades del socialismo árabe egipcio son una de las principales facetas de las otras corrientes de «Socialismo árabe civil» y «Socialismo islámico»; surgido y desenvuelto de varios modos tanto en el mismo Valle del Nilo como en Siria, Iraq, Argelia, Palestina, etc.

En Egipto una de las formas locales del sistema consiste en la coexistencia de dos sectores de actividades y organismos en lo económico y social; es decir, el del Sector Público y el del Sector Privado. En el primero se agrupan los Organismos técnicos que administran el Estado; en transporte, minas, electrificación, regadíos, y varias industrias básicas como la metalúrgica. El Sector Privado comprende grandes empresas particulares (financiadas con capitales egipcios) y de diversos países extranjeros actuando sobre muchas ramas; en más industrias (tejidos, alimentación, tabacos, papel, etc., y también petróleos). En uno y otro sectores tanto los técnicos como los obreros participan de la seguridad social y de los beneficios de las ganancias de las empresas.

El conjunto del sistema ha sido generalmente conocido como «nasserismo» (palabra utilizada sobre todo fuera de Egipto, pues en El Cairo nunca se trató de darle semejante nombre). El «nasserismo» vino a ser sinónimo de una concentración de nacionalismo intenso, establecido después de una acción militar, con el objetivo de poner todos los recursos de una nación en manos de sus naturales, con una fuerte concentración estatal, pero al servicio de las masas populares. Todo ello en el terreno de las necesidades y las aspiraciones de los pueblos colonizados, semi-colonizados y ex-colonizados; en beneficio de ellos mismos y no de las grandes potencias.

El sitio inicial y principal desde donde Gamal Abdel Nasser llevó la sensación de las posibilidades de estímulo fue la Conferencia Afroasiática de Bandung en 1955. Es muy sabido que allí se reunieron veintinueve países de

Asia y Africa para considerar el colonialismo y las discriminaciones raciales. Nasser que asistió como representativo de los pueblos árabes o arabilizados en general, fue sólo una de las figuras salientes, junto con Nehru, Chu En Lai, Sukarno, etc. Pero Nasser formuló y lanzó allí su famosa doctrina del «neutralismo positivo» que debía alcanzar gran fama posteriormente. Continuación y ampliación de lo de Bandung fue en julio de 1956 la conferencia de Brioni en Yugoslavia, donde Nasser, Tito y Nehru confirmaron y consolidaron los principios de Bandung. En 1961 tomó Nasser parte muy activa en la primera conferencia de países no-alineados; reiterando la tesis de no-alineación internacional para los países y pueblos ex-dependientes o influidos. En septiembre de 1960 el jefe de Estado de la RAU expuso sus teorías en la tribuna de la Organización de las Naciones Unidas. Y en octubre de 1964 hubo en El Cairo otra conferencia de países no-alineados.

En el texto de un discurso que pronunció en noviembre de 1955 Nasser volvió a resumir en dos líneas su convicción principal de aquel momento, del modo siguiente: «Sobre el plan internacional el pueblo egipcio se ha colocado en la Vanguardia del continente africano; en el seno de la solidaridad afroasiática, en los movimientos de resistencia a los monopolizadores del comercio internacional y de las políticas de fuerza, y, por último, en la vanguardia de la acción por la paz. Es ya una fuerza de la cual se solicita la opinión, y que cuenta en las reuniones internacionales...».

Á pesar de aquellas declaraciones, lo que desde entonces dio mayor fama e irradiación al ejemplo egipcio no fueron los deseos ni las proclamas verbales, sino el hecho de que Nasser nacionalizase el Canal de Suez. Sin aquello, Nasser no habría parecido un guía ni un arquetipo para el «tercer mundo» casi entero. Un poco porque el Canal de Suez resultaba un símbolo de todas las bases y ocupaciones sostenidas por los poderosos en los suelos de los débiles. En cuanto al campo más restringido de los países de formación árabe, lo de Suez actuó más indirectamente, sobre todo en un sentido de símbolo y bandera.

En las partes tropicales del continente africano, tanto las afronegras como otras de su lado oriental, las influencias de la revolución egipcia y de su líder, no fueron muy profundas en la parte teórica, pero en cambio extremadamente tenaces en lo sentimental. Después de morir Abdel Nasser en El Cairo, el jefe del Gobierno de Ghana expresó un sentimiento general al Sur del Sahara, de que la pérdida del jefe egipcio era una pérdida para todos los países africanos. Nasser fue considerado y proclamado como presidente común

ideal para todo el continente, al reunirse el 1963 en Abdis Abeba la primera conferencia cumbre de la Organización de Unidad Africana (O. U. A.). Y en el corriente 1970 la inclusión en las resoluciones de la conferencia de la O. U. A. del apoyo a la resolución 242 del Consejo de Seguridad referente a Palestina, fue un apoyo directo a la actitud del jefe del Estado de la RAU: respecto al Plan Rogers.

En Hispanoamérica las conexiones con la revolución egipcia, el anti-colonialismo, el nacionalismo árabe, y el conjunto de los principios que de unos modos u otros se han denominado «nasserismo» no sólo han sido (y siguen siendo) de irradiaciones o de simples coincidencias. En realidad desde 1964 hasta 1970 se ha venido diciendo y escribiendo que «la filosofía nasseriana tiende a constituir un factor esencial de liberación para los pueblos de América latina».

Hacia el mes de mayo de 1963 fue muy tratado en la prensa argentina y en diversos sectores intelectuales juveniles de las naciones del Plata y países contiguos, el tema de saber si los movimientos nacionalistas avanzados de aquellos países podían llamarse «nasseristas». Más aún, el término «nasserismo» fue francamente puesto en circulación para aludir a un reformismo que podría entrar como factor activo incluso dentro de una parte de las fuerzas armadas. El director de la delegación de la Liga de los Estados Arabes, en Buenos Aires (llamado Hussein Triki) contestó diciendo que no existía en Egipto ni fuera de él ningún «nasserismo» con tal nombre; pues la lucha del líder de la RAU para redimir a su pueblo librándolo del imperialismo y del subdesarrollo, era simplemente «un eslabón de la larga cadena de luchas que vienen sosteniendo los pueblos árabes para ocupar el sitio que les corresponde en el seno de la gran familia humana». Pero por otra parte Hussein Triki comparaba la acción emancipadora de Nasser con los pasados antecedentes hispanoamericanos de Bolívar, San Martín, Juárez, y otros nombres semejantes.

En la primavera de 1964 fue el director del Instituto de Estudios Políticos de Méjico, Víctor Alba quien al regreso de un recorrido de análisis sobre el terreno de otros países de expresión española, resumió sus impresiones en un texto de prensa que comenzaba diciendo: «He vuelto con la convicción de que la oleada de los principios de Abdel Nasser en este Continente, constituye un fermento del cual no se pueden ver los límites». Con aquel motivo, otros comentaristas citaron el antecedente de que a fines de 1962 un contingente militar argentino se había alzado bajo la inspiración de un oficial que antes

fue agregado militar en El Cairo, y que escribió luego un libro elogiando a los hombres de aquella revolución.

Realmente en algunos puntos el proceso de origen había sido en sentido inverso, pues cuando en 1953 fue proclamada la república egipcia, se trataba de dar a la revolución de los «oficiales libres» del país del Nilo un sentido programático social que aún oscilaba en busca del contenido completo. Entonces se le llamó «justicialismo árabe», pues los jefes de El Cairo habían puesto su atención en el nombre y la obra del presidente Perón, en Buenos Aires. Muchos años después la revista «Oiga», de Lima, publicaba el resultado de una curiosa comparación de los comienzos de la obra de Nasser hasta 1955 con la obra de Perón, en veinticuatro puntos muy detallados. Al fin decía que si al final Perón fracasó mientras que Nasser siguió desarrollando su éxito, fue porque el primero utilizó al ejército y el segundo no supo. Aunque Perón, como Nasser, llamó «Socialismo nacional» a su movimiento de masas.

Aparte de la Argentina, pero con mucha más tenacidad y contactos directos con la realidad egipcia está el caso de Cuba, donde después de fallecer Nasser, el gobierno impuso tres días de luto oficial. El mismo Fidel Castro dijo en una alocución dirigida al gentío agolpado en una plaza (para el décimo aniversario del comité de defensa de la revolución cubana) que la muerte de Abdel Nasser constituía un rudo golpe para los movimientos de liberación y expresó la solidaridad cubana total con los pueblos árabes.

Entre Hispanoamérica y Egipto podrían aún citarse fechas como la evocada con frecuencia de que la caída del Rey Faruq fue el 26 de junio de 1952, y un año después el asalto de Castro al cuartel Moncada de La Habana, el 26 de julio de 1953. Sobre los países andinos, en noviembre de 1959 se leía en «Le Monde diplomatique», de París, la pregunta de si los equipos militares de Lima y La Paz se lanzarían a una «politique nasserienne» de nacionalismo total e independencia económica. En cuanto a Chile hace tiempo que envió a El Cairo una misión parlamentaria de varios miembros, para saludar a Abdel Nasser y visitar detenidamente las realizaciones de la Unión Socialista Árabe... Por su parte Abdel Nasser cuando en sus discursos se refería al «tercer mundo» en general siempre hacía mención especial de la que él llamaba «América latina». El decía de sus países y sus pueblos que en verdad eran «como hermanos de los árabes», tanto en «energías revolucionarias», como en vínculos espirituales. Y que en los hispanoamericanos habían de «ponerse las mayores esperanzas para la edificación del mundo de mañana».

Entre los países que pertenecen a la Liga Árabe, y los del otro lado del Atlántico está también España. Mejor puede decirse; «está sobre todo España» Gamal Abdel Nasser sólo pasó una vez por Barajas, con rumbo a la Asamblea General de la O. N. U. el 23 de septiembre de 1960. Allí se entrevistó cordialmente con el Generalísimo Franco, quien le expresó el afecto «hacia su persona y su pueblo». Después el «rais» de Egipto había anunciado un par de veces su firme propósito de visitar detenidamente España por la que sentía una instintiva emoción especial. No pudo hacerlo por culpa de lo atropellado de las incidencias de la política próximo-oriental. Pero en el despacho de su residencia privada cairota tenía un cuadro de un pintor español, como motivo preferente.

Las sensaciones españolas o hispánicas (y en gran parte precisamente andaluzas) han sido y siguen siendo (antes y después, del período de gobierno de Nasser) un factor de fondo en el contexto de las raíces de los vínculos entre los países y los pueblos que forman el conjunto de la agrupación idiomática, histórica y psicológica llamada *urubah* o «arabidad».

Uno de los sitios típicos del hispanismo y el andalucismo en El Cairo, es el jardín sevillano que destaca en una isla del Nilo, precisamente frente al edificio de la Liga de los Estados árabes. Pero la clave histórica más destacada está en el recuerdo del Sultán Salaheddín el Ayyubi (o «Saladino»), que erigió la fortaleza o «Alcalá» al modo de las alcazabas de las ciudades medievales de «Al Andalus». Aquel Sultán Saladino (que por cierto era kurdo de origen) sentía una estima preferente por los españoles islamizados, y sus entonces compatriotas los marroquíes. El valenciano Ben Yobair que estuvo entonces en Egipto contaba que a los españoles se les daban gran parte de los cargos culturales administrativos y hasta gubernativos; explicando: «Es porque los españoles gozan fama de fieles y competentes».

La alcazaba de Saladino ha seguido siendo un punto característico del Estado y del Poder en Egipto, Gamal Abdel Nasser tomó de allí un águila simbólica del mismo Saladino, e hizo de ella el actual emblema oficial que es sello y escudo de la República Árabe Unida.

El momento en que, algunos años después de la segunda guerra mundial, se izó sobre las torres de la vieja «Alcalá» medieval la bandera de Egipto (arriándose la británica) señaló el comienzo del período histórico más reciente. El otro momento, del 1954, en que Nasser consiguió que los ingleses evacuasen definitivamente el Canal de Suez, fue la señal de que verdadera-

mente había triunfado la revolución de julio de 1952. En 1956 el fracaso de la triple expedición anglo-franco-israelí contra el mismo Canal dio a Nasser la máxima popularidad. Desde la decisión de recuperar aquella vía de agua egipcia, hasta la serenidad con que afrontó la prueba de la agresión, todo le convirtió no sólo en un líder para las masas del Cercano Oriente, sino para muchas gentes de otros lejanos países colonizados. Entonces fue también cuando el nombre de Gamal Abdel Nasser llegó a ser el símbolo más conocido y popular de la revolución de los pueblos árabes.

Sin embargo, el significado del líder de la revolución de Egipto respecto a los demás países que tienen el mismo idioma, y se unen legalmente en el sistema de la Liga de Estados Arabes en El Cairo, fue muy distinto visto por los países árabes, o visto a través de los comentarios fantásticos de muchos países extranjeros. Así algunos de estos repetidos comentarios presentaban a Nasser como el creador o inventor del panarabismo político. Otros creían que Nasser quería unir a los países del conjunto árabe, para incluirlos dentro de una especie de «imperio egipcio». Y no faltaba quien confundiendo el arabismo (que es idiomático y sentimental) con lo islámico o musulmán (que es a la vez jurídico-religioso) le ponían a Nasser motes tan pintorescos como el de decir que era «un caudillo mahometano». Aunque la palabra «mahometano» no sólo es impropia, sino intolerable para el verdadero Islam.

El mayor error de esas glosas extranjeras hechas a distancia, consistía en decir o creer que Nasser era el inventor o propulsor de la idea de liberar primero y unir después a los países y territorios donde predominan la lengua, los ideales y los nacionalismos de tendencia árabe. En realidad todos los eruditos historiadores orientalistas saben y han explicado, que los ideales y los programas panarabistas surgieron entre Egipto y Siria al comenzar el siglo XIX, y se fueron desarrollando (entre Egipto, Siria, Palestina, Iraq y, sobre todo, en el Líbano) hasta poco antes de la primera guerra mundial; como reacción contraria al centralismo del Imperio-Jalifato turco de Estambul o Constantinopla.

Políticamente los primeros que pensaron en crear un gran Estado árabe (al estilo que entonces era moderno) fueron el Virrey personalmente autónomo de Egipto, Mohammed Alí, y su hijo adoptivo Ibrahim Bácha (ambos de orígenes raciales no árabes, sino albaneses). Aquello fracasó, y desde 1840 el gran foco del arabismo que renacía fue el Líbano donde dicho arabismo tomó una forma cultural y fue impulsado, sobre todo, por figuras célebres de

árabes cristianos. Los árabes musulmanes seguían confiando en que los Sultanes turcos de Estambul accedieran a transformar su imperio en un Estado doble con una zona árabe y otra turca (al modo que entonces funcionaba Austria-Hungría). Cuando los gobernantes turcos se negaron, entonces los árabes musulmanes fueron pasando también al panarabismo separatista.

Los efectos de las dos guerras mundiales, y las intervenciones disgregadoras de las grandes potencias que presionaron constantemente para que los países de lengua arábiga se disgregasen cada vez más llevaron a que en 1945, los siete Estados árabes entonces existentes creasen la Liga de El Cairo; que no es ni una alianza ni una federación, sino un centro de experiencia e intentos comunes, no siempre demasiado eficaz. Incluso ahora que son catorce sus Estados miembros.

Gamal Abdel Nasser no se propuso nunca tratar de deshacer a la Liga Árabe, ni tampoco utilizarla en provecho propio. Naturalmente la acción de los gobernantes de El Cairo siempre han tendido a desempeñar dentro de la Liga un papel predominante en influencias y sugerencias; puesto que Egipto es el principal Estado de la Liga y el que más contribuye a su sostenimiento. Pero este es un hecho aparte de la política egipcia interna.

La historia de la fusión entre Egipto y Siria, que duró desde febrero de 1958 hasta septiembre de 1961 fue uno de los antecedentes que en Europa hicieron correr la leyenda de un Nasser imperativo y conquistador. A ello contribuyó (después de la separación de 1961) el extraño empeño de que Egipto continuase usando el nombre oficial de «República Árabe Unida» aunque ya no estaba unida con nadie. En realidad tanto la casi-fusión dual de Egipto y Siria, como las posibilidades fallidas de que entonces se hubiesen agregado otros países (como, por ejemplo, Líbano y el Iraq), se debieron a hechos casuales; mientras que en la rotura de Damasco con El Cairo obraron causas psicológicas colectivas a las cuales la voluntad de Nasser fue ajena.

Resumiendo a distancia aquellos episodios, el mismo Nasser recordó en 1969 a algunos periodistas franceses que la unión de Siria a Egipto había sido sugerida o reclamada por los mismos sirios. Nasser dijo que él había accedido de no muy buena gana, pero lo hizo en interés de los sirios¹.

En realidad Nasser siempre pensó que el conjunto de los pueblos del «círculo árabe», en cuyo centro se encuentra Egipto, era el principal sector

¹ "Je ne pensais pas que le moment fût venu de faire cette union. Mais j'ai accepté dans l'intérêt de la Syrie".

natural de irradiación para la revolución y el nacionalismo egipcios. Pero también pensó y escribió que había otros dos sectores de mutuos contactos expansivos (tanto centrífugos como centrípetos): o sea, el «círculo africano» y el «círculo islámico». A los tres círculos se refería detalladamente en su librito titulado «Filosofía de la Revolución». Pero, naturalmente, nunca pretendió que la acción egipcia llegase hasta todos esos sitios a la vez.

Los efectos inmediatos de la muerte del creador de la revolución egipcia y de todas sus derivaciones, se notaron también en tres sectores, que fueron el popular egipcio, el regional interárabe, y el internacional.

El sector popular fue el del desbordamiento de las muchedumbres desesperadas y llorosas que con millones y millones de personas aflúan desde todo Egipto; llenaban los catorce kilómetros del recorrido fúnebre; y desbarataron la comitiva oficial gritando: «¡Nasser no ha muerto! y ¡nunca morirá!»...

El sector del efecto interárabe, tuvo en su parte oficial, la presencia en el entierro de la mayor parte de los gobernantes de sus distintos países. Y el hecho de que en la hora de los funerales de El Cairo, había otros iguales en todas las capitales, donde todas las actividades paraban y todos los dirigentes nacionales, iban en los cortejos de duelo. También fue enormemente significativo el que tocasen, sin cesar, a duelo las campanas de las iglesias católicas, coptas y ortodoxas, al mismo tiempo que en las mezquitas resonaban las salmodias del Corán horas tras horas hasta el amanecer. Hubo además en los comentarios constantes, los de que Nasser había dejado huérfanos a cien millones de árabes, y que las heridas de su pérdida nunca se cerrarían. En realidad todos eran conscientes de que Nasser había representado un mito para las masas que se empeñaban en olvidar las barreras artificiales de las fronteras mal trazadas, y de las rivalidades tribunales de los pequeños políticos de unas y otras partes.

En cuanto al sector internacional, aparte del pésame oficial enviado por la Asamblea General de la O. N. U., donde ondeó el pabellón de la Organización mundial a media asta, hubo la convicción de que «Nasser representaba el único elemento racional en una situación absurda» (según la mesurada «Gazette de Lausanne»); que simbolizaba «los esfuerzos en vista del retorno de la concordia y de la paz (según el director de la sala de Prensa del Vaticano); y en resumen que era indispensable proseguir en la vía de buen sentido que Nasser marcó desde que aceptó el Plan Rogers como base de una solución para el Cercano Oriente.

Así al terminar octubre había una especie de convencimiento predominante en los tres rumbos egipcio, arábigo y mundial, de que si la muerte de Nasser pudo definirse en los primeros momentos desde Europa y Norteamérica, como un «gran vacío»; el medio de llenarlo es seguir el empeño que Nasser tuvo siempre de ser escuchado y comprendido en plan de igualdad y mutua consideración. Pues según un destacado comentarista en la prensa española: «Tal vez la muerte de Nasser sería una buena oportunidad para que muchas potencias occidentales iniciasen una sincera autocrítica, y analizaran hasta qué punto les alcanza su responsabilidad. No sería extraño que descubrieran entonces que Nasser, agarrado por unas circunstancias que él no creó, se encontró con los caminos cerrados a cualquier opción con el Occidente. Por desidia, por obcecación, o por mala información de algunas potencias del referido «Occidente».

En Egipto ha sido, naturalmente, donde la sensación de que las soluciones están en proseguir la vía de las acciones y los propósitos de Gamal Abdel Nasser, se ha manifestado con mayor extensión y más empeño de intensidad.

Los comentarios generales de la prensa egipcia, desde que el Vicepresidente de la República, Anuar Es Sadat, quedó provisionalmente encargado de los asuntos del Estado el 29 de septiembre, coincidieron en repetir insistentemente, que los sectores gubernamentales y los populares del país del Nilo, deben actuar como si Abdel Nasser no hubiese dejado este mundo, sino que estuviese sólo temporalmente ausente. Los mismos comentarios negaban la tesis de que Nasser hubiese dejado un *vide politique*, según la frase extranjera, y añadían: «todo seguirá lleno si aplicamos estrictamente e intensamente el programa que él nos trazó». Tanto en la defensa nacional vigilante como en el buen deseo de hermandad árabe, y el de paz en el Cercano Oriente; como en los beneficios sociales, la expansión escolar, las planificaciones económicas, etc., etc.

Por su parte Anuar Es Sadat, después del resultado del referéndum del 15 de octubre (en el cual tuvo 6.432.587 votos a favor entre 7.157.653 votantes efectivos, en un total de 8.420.768 electores inscritos) dio las gracias más efusivas tanto a quienes votaron a su favor, como a quienes votaron «no» y a quienes se abstuvieron. Respecto a estas dos últimas categorías, Sadat dijo que la diferencia de opiniones era un signo de madurez; y que él está personalmente convencido de que los que no se han entregado desde el primer momento, lo mismo que los que han dudado, no lo han hecho por oponerse a

la continuación de la misión que trazó Nasser, sino que sencillamente se reservan su opinión respecto a la realidad de los hechos.

El nuevo Jefe del Estado árabounido añadió: «Creo, en efecto, que este pueblo no debe dar confianza absoluta a otra persona después de Gamal Abdel Nasser. Más aún, el mismo Abdel Nasser era el primero a poner en guardia a la nación para no contar jamás sobre el individuo, sino sobre la labor. En último caso el gobernante debe ahora pedir, ante todo, a Dios, fuerza para cumplir la misión que es un deber».

Así dentro de la RAU, la nueva realidad actual tanto como el porvenir inmediato, consisten en la implantación de un «nasserismo sin Nasser». Los motivos principales invocados para ello no son sólo lo aún latente del estímulo carismático del nombre de Nasser, y la necesidad de apoyar el gobierno sobre las masas populares más genuinas; sino el recuerdo de que Nasser aguantó siempre todas las dificultades, sin quejarse ni retirarse hasta el momento final. Así el «nasserismo sin Nasser», se representa en la teoría como «dar todo su tiempo al tiempo». Y en la práctica por la implantación de un sistema de gobierno en equipo.

Ha de recordarse que Gamal Abdel Nasser había llegado de hecho a acumular todos los principales cargos y elementos del poder nacional; tales como Presidente de la República; Jefe del Gobierno; líder de la Revolución; Secretario General de la Unión Socialista Árabe, etc. Ahora la Jefatura del Estado la ejerce Anuar El Sadat, pero la presidencia del Gobierno ha pasado al doctor Mahmud Fauzi y la Secretaría General del partido único a Abdel Mohsen Abul Nur. En cuanto a las fuerzas armadas (sobre las cuales Nasser ejercía, sin duda, un control muy directo) pasan ahora a quedar reguladas por sus altos mandos. Además se han suprimido de momento los altos cargos de reemplazamiento; tales como el de Vicepresidente de la República y el de Viceprimer ministro.

El doctor Mahmud Fauzi, nuevo Presidente del Consejo de Ministros destaca ahora con un interés especial, por haber salido al primer plano de la atención internacional y oriental, aunque desde la revolución de 1952 venía siendo de hecho una de las figuras cumbres de la vida nacional en el país del Nilo. Algunos de los más reputados cronistas orientalistas de lengua francesa le ha calificado de *géant de la diplomatie*. Hombre de origen nobiliario, y diplomático de carrera; había sido en 1946 representante de Egipto en las Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad. En 1953, como los jóvenes ofi-

ciales que crearon la república eran más expertos en los asuntos interiores del país que en las exteriores, el doctor Mahmud Fauzi, cubrió ese frente de acción indispensable. Desde 1952 llevó directamente la gestión de todos los problemas interarábigos e internacionales durante quince años seguidos. Primero con el título de Ministro de Asuntos Exteriores, y luego como Vicepresidente del Consejo de Ministros.

Después de la guerra de junio de 1967, Abdel Nasser hizo al doctor Fauzi su «consejero personal». El asistía a todas las reuniones gubernamentales, y acompañaba al Presidente de la RAU en sus viajes, sobre todo a Moscú. Actuando siempre discretamente y a veces en la sombra, el doctor Fauzi no ha sido nunca (como falsamente pudiera creerse) una «eminencia gris»; sino uno de los hombres de más firmes y equilibrados criterios, cuya opinión convenía tener siempre en cuenta.

La reciente designación del doctor Mahmud Fauzi para el cargo en que por el momento tendrá que desarrollar mayor actividad y responsabilidad, parece explicarse ante todo porque uno de los objetivos esenciales del nuevo equipo dirigente de El Cairo (y acaso el objetivo principal), es ahora el de sostener la visión mundial de un Estado egipcio deseoso de paz y concordia, siguiendo las últimas voluntades del Presidente Nasser. Si Egipto está decidido a continuar con el Plan Rogers (en lo posible) y desear la aplicación de la resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967, el doctor Fauzi es quien mejor puede llevar el timón de las gestiones y las posibilidades.

Hay además otro sector exterior de enorme importancia; es decir, el de continuar manteniendo los difíciles equilibrios de las relaciones interarábigas.

En esto han comenzado también a destacar en lo más aparente y visible, las frases sonoras por las cuales el llamado «mito de Nasser» sigue en pie ante la imaginación de pueblos, muy diferentes por sus antecedentes raciales y locales, pero vinculados por la creencia en una necesidad de vinculación de destinos. Para todos estos pueblos «que se sienten árabes» (según frase del mismo Abdel Nasser) la desaparición de quien comenzó creando la república egipcia, y terminó dejándose morir para que no corriese más sangre en Jordania, ha señalado un hito histórico común. En Beirut se ha escrito que para tratar de la historia contemporánea de la arabidad, habrá que decir: «Antes o después de la muerte de Nasser».

De todos modos parece indudable que la fecha del 23 de septiembre repre-

RODOLFO GIL BENUMEYA

sentará el comienzo de una etapa nueva, por lo menos entre los países más próximos a Egipto. Para ellos como para los demás del mismo estilo y el mismo idioma, Gamal Abdel Nasser ha dejado una lección de empeño moral de que predominan los intereses comunes sobre los parciales. Una lección que ya definió espontáneamente cuando en marzo de 1969 dijo al «New York Times» lo siguiente: «Yo no tengo ensueño personal. Yo no tengo vida personal. Yo no tengo nada de personal».

RÓDOLFO GIL BENUMEYA